

mente me buscan, teniéndose por dichosos con mi exemplo, mi erudicion y doctrina: á estos amo, á estos estimo, con la conversacion de los tales me deleyto, viviendo ageno de reverenciar á los soberbios, que con verse llamar hombres piensan que han llegado á la suma perfeccion humana. Por viles despojos tengo las coronas doradas, la alti-vez necia y el fausto mas estimado: antepongo lo humilde de mi vestido á la mas preciosa púrpura, y rióme grandemente de los viciosos que la gastan, teniendo por felicidades mis pobreza, y por dicha sobrada la decencia de mi hábito, que porque no le vituperes y escarnezas, y le juzgues decente, no solo para los hombres virtuosos, sino para los Dioses inmortales, mira atentamente sus grandiosas estatuas, sus soberanas ideas, y hallarás que mas que á vosotros me son á mí semejantes: contempla con atencion, no solo en los templos de los griegos (adónde la perfeccion halló su esfera) sino en las capillas de los mas incultos bárbaros, y mira si dibuxan ó esculpen á las imágenes sagradas con la barba y cabello crecidos como el mio, ó cortado á navaja, igualado á punta de tixera, rizado y compuesto como le traeis vosotros: y á fe que no halles en aquellos divinos exemplares términos lascivos, deliciosos, ni trages libres; antes verás muchos de ellos desnudos, qual yo ando ahora, para que temas con exemplos tan auténticos, con demostraciones tan claras culpar de aquí adelante la honestidad de mis costumbres, la humildad de mis vestidos, pues como ellos los traian los Dioses inmortales.

DIA-

DIÁLOGO II.

EL GALLO DE LUCIANO.

ARGUMENTO.

Graciosamente reprehende Luciano la doctrina de Pitágoras, burla de sus preceptos y observancias, introduciéndole en las varias formas en que él mismo enseñaba la mutacion de las almas para informar diversos cuerpos, culpa por sumamente necia semejante locura, reprehendiendo los excesos y vicios de los filósofos que la seguian: con esta ocasion discurre por todo estado doctamente, pintando sus penas, sus cuidados y gustos: condena á las riquezas por la mayor desdicha, por los desvelos que causan, y los trabajos que cuestan el adquirirse y conservarse: á los pobres los admira por felicísimos, por la quietud con que viven: reprehende ásperamente á los arrogantes y soberbios, y á los que de humildes principios mudan el natural los puestos grandes: retrata al vivo la vida de los avarientos, que entre inquietudes eternas no llegan á ser dueños de los tesoros que ajuntaron con pesares y desvelos: introduce á Gallo y á Mycilo; y da doctrina provechosa á todos estados.

MYCILO Y GALLO.

Mycilo. Mal hayas tú, Gallo perverso, el mismo Júpiter te acabe, pues no quieres dexar tu invidia ni tus gritos: mal hayas tú mil veces, inquietador de mi descanso, que ahora con tu voz aguda y penetrante me quitaste de un dulcísimo sueño, en que dormido en mi cama gozaba de
c2 mil

mil tesoros y riquezas, y de una felicidad admirable: ¡ó traidor invidioso! que porque no gozase tantos bienes me despertaste con tu cacarear vocinglero, y atronándome de fuerte los oídos, que no te pudo sufrir el sueño que dulzuraba mi imaginacion con tales demostraciones: maldito seas, que aun de noche en la cama no puedo huir de tu persecucion enfadosa, ni de la pobreza que me sigue, que si he de decir verdad, me hace harto mas daño con su ordinario tormento que tú me has hecho con el dulce sueño que me quitaste, por mas que me regalaba y enriquecia, ¿quién te hizo cantar tan de mañana? porque si no me engaña el silencio de la noche, la quietud en que todo descansa, y lo poco que me divierte el frio (que aunque comienzo á sentirlo, regla para mí certísima de que no tardará el dia) no parece que está muy cerca la mañana, antes bien pienso que no es la media noche: mira, inquietador agudo, si has madrugado poco. Pues aunque estuvieras guardando el vellocino de Colcos, ni veláras tanto, ni estuvieras toda la noche dando voces y gritos: mas yo te certifico que no vaya sin premio tu cuidado, y que no te has de ir alabando del pesar que me has hecho, que yo te castigaré en amaneciendo, de manera que te acuerdes de la mala noche que me has dado; dexa llegue la luz del venidero dia, y entonces que no te defenderán estas tinieblas, yo me vengaré bastante. *Gall.* Señor Mycilo, menos cólera, así vivas, que en verdad que pensé yo que te hacia un gran servicio en despertarte tan temprano y prevenir la luz del dia, para que levantándote antes que amaneciese, pudieses mas trabajar y hacer mas obra; porque si antes que saliera el sol hubieras hecho siquiera unas chinelas, cla-

claro está que tendrías mas tiempo para ganar de comer de aquí á la noche: mas si tú no quieres esta comodidad, y la dexas por el sueño, duermes quanto quisieres, que yo me haré mas mudo que los peces por no inquietarte, y despues á tu cuenta quedará buscar el ordinario sustento, y quando no tengas con qué comprarle echarás de ver lo que es hallarte rico durmiendo, y despierto muerto de hambre. *Myc.* ¡O poderoso Júpiter! ¡ó defensor de las desgracias, Hércules! ¿á quién no admira novedad tan desusada? ¿qué querrá significar este prodigio? ¿el Gallo hablar con voz humana? ¿qué causa tendrá esta verdad, Deidades santas? *Gall.* ¿De qué te espantas, Mycilo? ¿Cómo te parece aquesta monstruosa maravilla, si hablo la misma lengua que vosotros? *Myc.* Por eso mismo me espanto. ¿Pues qué monstruosidad mas espantable? ¡O Dioses soberanos! O Deidades inmensas, apartad tan grande mal de los mortales. *Gall.* Pardiez, Mycilo, que en tus dudas y temores muestras ser demasidamente rudo, y bastantemente idiota, porque si hubieras leído la Poesia de Homero supieras que Xanto, aquel famoso caballo de Aquiles, olvidando el relinchar como los otros de su género, enmedio de la batalla empezó á hablar con elegantes versos, no como tú me oyes agora hablar en prosa, cosa tan facil y sabida: y porque no te espantes de esto, sabe tambien que así caballo como era, como el mayor oráculo adivinaba y predecia milagrosos sucesos, cosas no sucedidas ni pensadas, y con ser esto tan raro no se tenia entonces por monstruosidad ni por milagro, ni los que lo oian invocaban á los Dioses, ni impetraban el auxilio de los defensores de los males, como agora lo haces temeroso, pareciéndote que has visto una cosa abo-

abominable, nunca vista ni oída de hombres. Pues dime por tu vida, quando te espantas de oirme, ¿qué hicieras si oyeras hablar á la quilla de aquella celebrada nave á quien llama Homero Argos, y que la oyeron tantas veces en los pasados tiempos? ¿Y en la selva Dodonea, un fago (árbol conocido en nuestra tierra) hablando él mismo no pronunció un oráculo? ¿Qué fuera si vieras un animal partido andar arrastrando cada pedazo por el suelo, ó mugir la carne de los bueyes, estando puesta en el asador y medio asada? Pardiez que allí habia de ser el temer, Mycilo amigo: mas si tú sabes que yo soy compañero de Mercurio, el mas fecundo decidor de los Dioses inmortales, y que jamas dexo su lado, y juntamente con esto vivo en las casas de los hombres, ocupado en vuestros mismos ejercicios, y con el mismo género de vida: ¿por qué te has de maravillar que haya aprendido el estilo de hablar humano, y que haga las mismas cosas que he visto hacer tantas veces? Mas porque no te suspendan estas dudas, si tú me prometes callar lo que te dixere, muy facil me será decirte la causa principal porque hablo la lengua que vosotros, é imito vuestro copioso idioma, y sabrás de adonde me ha procedido esta facultad de eloqüencia. *Myc.* Yo te prometo el mayor secreto del mundo, con condicion que esto mismo que conmigo estas hablando no sea tambien sueño, que yo, Gallo amigo, pienso que no estoy despierto; y si lo estoy, y es cierto que te oigo, por Mercurio te ruego que me digas la causa de esta maravilla, y no te fatigue pensar que he de decir lo que te oyere, ni me ruegues que lo calle, que el mismo suceso te quitará ese cuidado, porque yo te ruego que me digas ¿quién es el que dará fe á mis palabras si yo quisiese de-

cir

cir que he oído hablar á un Gallo? Mira si por lo bien que me está callaré eternamente tu secreto. *Gall.* Pues estame atento, y oirás de mí el mas nuevo caso, el mas admirable prodigio que jamas oiste. Sabe, amigo Mycilo, que yo que agora te parezco Gallo, no ha mucho tiempo que fui hombre. *Myc.* Cierto que me acuerdo agora haber oído que en los pasados tiempos habia sucedido otra vez esta desusada maravilla, y que un cierto mancebo se habia transformado en gallo, y habia sido muy querido del Dios Marte: acompañábale siempre, comia y bebia á su misma mesa, y aun era cubierta de sus gustos: decian entonces que le fiaba el Dios Guerrero sus secretos, y que quando iba á visitar á Venus le llevaba consigo para que le avisase quando saliese el sol, porque Marte se temia de que si Apolo le veia con Venus desde lo alto de su cielo quando se levantase á su ordinaria jornada, habia de descubrir su amor al Dios Vulcano, y por dormir seguro con la dama le guardaba la puerta este mancebo para que antes del dia le avisase, y él se fuese sin que el sol pudiese verle. Sucedió que un dia el Gallo, olvidado de hacer su guardia, se quedó dormido, quando Venus y Marte confiados en su acostumbrada diligencia se entretenian descuidados: salió el sol, y descubriendo á la luz de sus divinos esplendores los dormidos Dioses, y viendo sepultado en sueño el guarda en quien se confiaban para gozar sus deleytes, quedó tan público el caso por el cielo, que vino á saberle el ofendido Vulcano, y cogió á los adúlteros en la red sutil que para vengar su agravio habia ingeniosamente fabricado: corrido Marte del suceso, y rotos los lazos sutiles del Herrero, solo le quedó para venganza la indignacion justificada contra el Gallo, pues

pues por su descuido sufrió tamaña afrenta, y ay-
rado le transformó en ave de su nombre, armán-
dole de su celada misma, que no es otra cosa la
cresta con que adorna la cabeza: de este cruel
castigo nace la costumbre que teneis todos voso-
tros; pues pensando agradar á Marte, y discul-
par el pasado descuido (como si agora aprovecha-
ra, ó se pudiera remediar el daño hecho) mucho
antes que salga el sol anunciáis á grandes voces
su venida; necedad que descubre mas el primer
yerro, y ruido de quien se ofende el sueño mas
reposado. *Gall.* Así es que se dicen esas cosas,
Mycilo amigo; mas la que yo te contaré es muy
diferente de esa: sabe que ha muy poco que soy
Gallo. *Myc.* Dime por tu vida cuánto, y de qué
suerte lo fuiste, porque deseo saberlo. *Gall.* ¿Has
oido acaso hablar de un Pitágoras, hijo de Mnesar-
co Samio? *Myc.* ¿Aquel sofista famoso? ¿Aquel
que mandó que nadie gustase carne, ni comiese
habas, desterrando de la mesa un mantenimien-
to el mas gustoso para mí de quantos hay en la
tierra, porque sabe bien, y cuesta poco? ¿Aquel
que persuadia á los hombres á que no hablasen
en cinco años si querian saber las ciencias que
enseñaba? *Gall.* Ese mismo: y tambien creo que
sabrás, pues le conoces, que primero que Pitágo-
ras, se llamó Euphorbo. *Myc.* Ese dicen que fue
un embaidor, un maestro de engaños, un embau-
cador famoso. *Gall.* Pardiez bueno; y ese mismo
Pitágoras soy yo aquí donde me escuchas: por
cierto que me tratas bien en mi presencia: así
vivas que no quieras injuriarme, pues quando
yo no estuviera presente, no fuera licito, no sa-
biendo la honestidad de mis costumbres, ni los
valores de que soy dotado. *Myc.* Pardiez va;
amontonando tantas novedades, que esta última

me parece mas monstruosa que la primera: ¿quién
jamás vió Gallo filósofo? ¿quién filósofo Gallo?
Mas sea de aquesto lo que fuere, declárame (ó
hijo de Mnesarco) ¿cómo ha sido posible que de
hombre te hayas transformado en ave, y de Sa-
mio en Tanagreo? Porque cosas tan nuevas en la
tierra, que aun á la misma naturaleza fueran difi-
cilísimas, no pueden creerse facilmente, y quan-
do fuesen verdades, dos cosas que agora he mira-
do en tu mutacion me las hicieran dificultades.
Gall. ¿Quáles, así vivas? *Myc.* Lo primero, te
admiro de muy parlero decidor y entretenido, ha-
biendo Pitágoras dexado por principal precepto
de su doctrina (si me dexa acordar la novedad
que veo) que sus discípulos guardasen cinco años
silencio; ley contraria harto al natural que en tí
conozco: pues no lo es menos la segunda dispen-
sacion con que transgresas sus leyes; porque no
teniendo ayer qué darte para que comieses te
eché unas habas (bien te acuerdas) y tú las comis-
te todas, sin reparar en el rigor con que sien-
do Pitágoras las prohibías: de adonde colijo cla-
ro, ó que tú no eres Pitágoras, ó si lo eres, co-
mo dices, has violado tu ley, y rompido tu pre-
cepto por el apetito corto de unas habas; pecado
tan grande en tu estimacion primera, que lo cas-
tigáras como si te hubieras comido la cabeza de
tu padre. *Gall.* Ay, Mycilo amigo, y qué poco
conoces la causa de estas mudanzas, y qué mal
sapieras acomodar á cada género de vida lo con-
veniente para conservarla si tú ajustáras las dis-
posiciones del gobierno político, adonde con ca-
da cuento es fuerza mudar estilo; manca dexáras
la república, amigo: entonces no comia habas
porque era filósofo, y agora las como por ser
gallo; que lo que entonces era gusto y apetito,

es agora necesidad y fuerza: esto es mantenimiento necesario para los gallos, porque engordan si le comen, y es excusable á los filósofos, porque importa poco que le coman: mas dexando estos secretos, que entiendes poco y te aprovechan menos, escúchame por tu vida (si es que no te cansa oírme) de qué manera vine á ser lo que soy siendo Pitágoras; sabrás diversidad admirable de géneros de vida en que he cursado la mia, y lo que de cada una de estas transformaciones he alcanzado. *Myc.* Cuéntalo, así goces otras tantas, Gallo amigo, porque me holgaré de oír cosas tan nuevas, no lo dudes: de tal gana te escucho, que si me dieran á escoger el oírte, ó volver al dulce sueño con que quando me despertaste dulzuraba la imaginación y el alma, estoy dudoso qual de estos dos gustos escogiera, porque me parecen las mismas estas cosas que me dices que aquellas que yo soñaba, aunque te estimo á tí en muchas sin comparacion que al sueño. *Gall.* ¿Ahí te vuelves, Mycilo? ¿Aun no has perdido la memoria de aquel sueño? Olvida esos vanos simulacros que ha poco que repetias contigo, pues sigue tu imaginacion una falible sombra de felicidad imaginada. *Myc.* Bueno es eso, quando tengo yo por imposible olvidarme de aquella vision que me entretenia y recreaba: tanta fue la dulzura, tanto el gusto, tan sin igual el deleyte, que apartándose de mí aquel sueño, me dexó en los ojos (miel sin duda dulcísima) que no puedo cerrar las pestañas, ni detener á los ojos que no se cierran, por gozar segunda vez de sueño tan suave. ¿No has visto romper los ayres á la ligereza de las plumas, que el mismo contento de verse llevar á todas partes las alienta para medir mayor distancia? Pues tal á mí la suavidad de la ri-

que-

queza vista, que me anima á deseársela ver de nuevo. *Gall.* Por Hércules te juro que es nuevo amor de sueño el que me cuentas: porque si es verdad que el sueño vuela, y tiene alas y término determinado, de adonde no puede pasar (segun se dice) ¿cómo es posible que en tí salga agora de sus conocidos límites, aposentándose en tus ojos despiertos, y estando tú sin él, viva contigo y te aprisione dulcemente? Confiésote que deseo que me cuentes lo que viste soñando, para disculpar lo mucho que deseas verte dormido. *Myc.* A fe que estoy yo rabiando por decírtelo, porque no hay cosa mas dulce que renovar la memoria con tal dicha, diciéndola muchas veces: mas con todo eso quiero saber primero quando has de contarme tú aquellas transformaciones, que no deseo menos saberlas que volver á dormirme. *Gall.* Contarlas he, amigo mio, quando tú hayas despertado de ese sueño, y te hayas limpiado los ojos de la miel que te los cubre y de la dulzura que te los aduerme. Di tú enmientras las cosas que soñabas, porque quiero saber si este tu sueño entró por la puerta de marfil ó la de cuerno. *Myc.* Ni por esa, ni esotra. *Gall.* Pues solo de estas dos hace mencion Homero, que son las forzosas para que el sueño entre á ocupar el hombre. *Myc.* Déxale por tu vida á ese burlador Poeta, porque de los sueños supo mucho menos que el hombre mas ignorante: los sueños pobres y mendigos entrarán (si entra alguno por ellas) por las puertas de marfil ó cuerno que dice Homero; y de sueños tales serian los que él veía, y aun no los veria bien, porque era ciego: mas á mí vínome este sueño dulcísimo por unas ricas puertas de oro, y él era sueño de oro, todo adornado de oro y lleno de oro. *Gall.* Paso segundo. Midas, no arrojes

19

D 2

tan-

tantas fábulas doradas, que ya entiendo que vino el sueño cortado á la medida de tu deseo insaciable; y así traería innumerables minas de oro. *Myc.* ¿De qué te maravillas, Pitágoras? porque es muy grande la suma de oro que dormido he visto: ¡ay Dios qué lindo! ¿cómo te diré su gallardía? ¿quién pintara su hermosura? ¿con qué bellos esplendores se mostraba brillante? ¿qué es lo que dice Pindaro en alabanza del oro? Dilo tú, si se te acuerda, y con su autoridad entenderás mi sueño: bien te acuerdas que prefiere el agua á quanto se ve criado, y que al agua prefiere el oro, confesando la admiración que le causa su valor y su belleza: hallaráslo en el principio de un elegante verso suyo. *Gall.* ¿Será aqueste por ventura?

*El agua es excelente, pero el oro
no Luz da á la noche, y como el fuego alumbra,
Siendo el mejor de todos los metales.*

Myc. Por Júpiter que es aqueso el verso que buscaba, y que del todo se me había olvidado; mira si engrandece Pindaro al oro como si con sus ojos hubiera visto mi sueño: y porque deseas saberle, estáme atento, Gallo amigo: bien te acordarás que ayer no comí ni cené en casa, porque Eucrates, aquel hombre rico, acaso me encontró en el mercado, y me dixo que despues de lavado de la inmundicia de mi oficio de zapatero me fuese á comer con él. *Gall.* Y cómo que se me acuerda; y aun por mas señas, que estuve muerto de hambre todo el día, hasta que ya muy tarde volviste á casa borracho, y por gran cosa, despues de dudarlo muchas veces, y de no acertar á hacerlo muchisimas, me echaste solamente cinco habas, cena muy limitada para un Gallo, y mas para Gallo que en los pasados tiempos fue kichador valiente, y alcanzo gloriosas victorias

en

en los juegos Olímpicos. *Myc.* Pues despues que vine de ser huesped y de haberte echado á tí las cinco habas que dices, me fuí á la cama, adonde al punto me quedé dormido, y en lo mas dulce del sueño, bien así como pinta Homero, me pareció que sabrosamente me enagenaba de mí mismo una suspension tan dulce, que á la divina ambrosía, mantenimiento suave de los Dioses, juzgara en su comparacion por amarga y desabrida. *Gall.* Dulcísima suspension por cierto: mas antes que me la expliques quiero que me cuentes, *Mycilo* amigo, lo que te sucedió en casa de Eucrates, qué comistes y cenastes, y qué sucesos se siguieron á tan espléndido convite. *Myc.* ¿Ahora he de volver de nuevo á decir con esa particularidad quanto pasamos? *Gall.* Acaba, así vivas, pues no es de mucha pesadumbre que vuelvas á cenar con el deseo, y que lo que allí comiste rumies ahora con la memoria de haberlo comido. *Myc.* Yo por no enfadarte lo callaba; mas, pues gustas que lo diga, diréte quanto pasó de buena gana. Has de saber que en mi vida había cenado á la mesa de hombre rico, y así deseaba hallarme en aquellos soberbios aparatos, abundantes comidas y deliciosos regalos: ayer quiso mi buena suerte que se me cumpliese aquesto que deseaba: topé con Eucrates, saludéle como suelo, llamándole señor con mucha cortesía; dile camino para que prosiguiese el que llevaba, quedándome un poco atras parado por no darle empacho con la pobreza de mis rotos y no muy limpios vestidos. Pasó por mí riéndose, y llamándome me dixo que aquel día celebraba la fiesta del nacimiento de su hija, y que había convidado para cenar á todos sus amigos, y que porque le habian dicho que uno de ellos habia caído

en-

enfermo, y no podia hallarse en el convite, gustaria que yo ocupase su asiento, y me hallase en la fiesta; y así podrás, decia él, ir á lavarte, Mycilo amigo, para que comas con nosotros, si ya no es que el convidado enfermo se halle para venir de aquí á la hora señalada, porque en tal caso no podremos excusarle, y tú no serás menester si el otro viene. Adoré á Eucates humilde con mil sumisiones y alabanzas por la merced que me hacia, y despedido de él fuí á apercibirme, rogando á todos los Dioses que sobre aquel enfermo (cuyo substituto habia de ser yo en la cena) enviasen algun dolor de costado, ó una calentura ardiente que lo detuviese en su casa, y el mal de la gora que le estorbase el ir á la agena. Mil siglos se me hicieron las horas que pasaban desde que me convidó Eucrates hasta la en que me lavé para la cena: no apartaba los ojos de la mano del reloj, y aunque mas se movia, la juzgaba mi deseo sin movimiento alguno. Al fin quando me pareció que los convidados se habrian lavado hice yo lo mismo, porque ya sabes que sin esta diligencia y prevencion forzosa no pueden comer los griegos en los convites públicos, aderezándome lo mas limpiamente que me fue posible, cubriéndome de tal manera con mi capa, que solo se viese la parte menos raída y mas limpia: salgo de casa á paso llano, y voyme en busca de Eucrates: hallé á su puerta muchos convidados, y entre ellos (¡ó gran desgracia!) al enfermo por quien iba yo al convite, que le llevaban quatro hombres, por no atreverse á andar solo por sus males, bien conocidos en su flaqueza y semblante; porque se quejaba mucho, tosia y escupia de ordinario; de ninguna manera podia tenerse en sus pies; tan amarillo é hin-

cha-

chado, que era lástima; y sobre tantos achaques, viejo de casi sesenta años. Decian que era un singular filósofo de estos habladores antiguos, que se desvelan en perseguir y enloquecer los mancebos con disputas sofisticas y con palabras vanas: la barba tenia muy trágica, ancha, y acabronada en lo ralo y lo crecido, y que necesitaba hartomas de una navaja que su dueño de fiestas y convites. Todos le culparon de que con tan poca salud se atreviese á aquel exceso: y el Médico Archibio le reprehendió con aspereza porque estando tan mal dispuesto, flaco y descolorido habia dexado su casa. Que no era honesto á un filósofo, respondió, dexar de cumplir lo que prometia aunque mil enfermedades le fatigasen y persiguiesen; añadiendo, que si él no viniera á la fiesta pensara Eucrates que hacia burla de su amistad, y tuviera queja de él. No tuviera por cierto, le respondí yo, si va á decir verdad, muy enfadado de que hubiese venido; antes te engrandeciera de discreto, si, estando como estás, esperarás la muerte á solas en tu casa, y no venir á morirte á la suya con esos dolores, flemas y gemidos, con que al parecer rindes el alma. Poco caso hizo de esto el filósofo convidado, dando á entender que no me oia con aquella su hinchazon y soberbia; que los arrogantes, los ricos y los soberbios no advierten á las mas delicadas sentencias de los pobres, á los mas agudos dichos de los necesitados y menesterosos, aunque se desvelan harto en culparles las acciones y perseguirles. No mucho despues de aquesto vino Eucrates, y viendo á Tesmofilo (que así se llamaba el enfermo convidado) se llegó á él con mil alegrías de que le viese á honrar su fiesta, y le dixo que le agradecia mucho el cuidado con que habia venido,

aun-

aunque le pesaba de que su regocijo hubiese sido causa de la pena con que habia llegado afligido de achaques tan continuos, que ya quisiera que lo hubiera excusado, pues sin tanto trabajo gozara en su casa de la fiesta, pues ya tenia dada orden que le enviasen su parte de quantas viandas se sirviesen: y con esto se entró adentro llevando al filósofo de la mano, que sustentado en los criados que allí le habian traído, iba quejándose. Yo que determinaba ya volverme viendo que habia venido mi propietario, no queria entrar en la casa, quando Eucrates, despues de haber dudado un poco para determinarse, me llamó que entrase á cenar con ellos, quizá de lástima de verme quedar triste, porque no lo estaba poco viendo mis deseos sin efecto. Excusábame yo humilde con aquellos ordinarios cumplimientos que suelen tener todos para que les rueguen lo que ellos mismos desean, que ya estaba el número de los convidados lleno, que ya habia venido el que faltaba, en cuyo lugar fui yo llamado, y otras cosas á este modo: mas Eucrates replicó á todas cortesadamente, diciendo que, porque yo me acomodase, haria que su hijo cenase allá dentro con su madre, para que yo en su lugar llenase el número: porque ya sabes, Gallo amigo, que entre nosotros hay reglas que disponen los convites, y de ellas no es lícito faltar por cosa alguna: con esto entré yo entre todos, si bien te confieso que avergonzado y corrido por lo que notarían los demas el ver que por mi respeto faltase el hijo de Eucrates de la mesa: mas siendo gusto del padre fue forzoso obedecer, y no volverme, como muchas veces quise. Avisaron que era hora de sentarnos á la mesa, y lo primero de todo tomaron cinco fuertes mancebos al filósofo enfermo, y acom-

modáronle en su asiento (tal estaba que no podia tomarle), y fatigado y doloroso le pusieron muchas almohadas y aciricos para que mejor se acomodase. Fueron tomando los convidados sus asientos, y todos huian de dar al enfermo el lado, y así fue forzoso que yo ocupase el suyo con harto disgusto mio. Empezóse la cena suntuosamente: varias y bien compuestas viandas, muchas bagillas de oro y plata, galanes, pages y criados, dulcisimas músicas, y acordes instrumentos: llenóse de truanes y baylarines la sala, que con mil agudezas é invenciones divertian y entretenian el tiempo: grandiosa fue la comida, espléndido el aparato, y de notable lucimiento: solo para mí era muerte quanto habia; todo me daba pena y me enfadaba, y á fe que diera entonces por mi retiramiento y mi pobreza quanta riqueza allí deseaba para mia: no tienen mas inestabilidad las felicidades de los hombres: mira quanto deseaba la esplendidez de la mesa de un poderoso: pues apenas me ví en ella quando hallé enfados que me robasen el gusto y matasen el deseo. Aquel enfermo enfadoso que me dieron por compañero me causaba estos disgustos; porque de todo estaba murmurando, sin que cosa disimulase, ni le pareciese buena: sobre cada vianda filosofaba una hora, sacando diferentes virtudes y daños del mas pequeño simple: de esto pasó á las cosas de su ciencia, formando silogismos y figuras, y contradiciendo negaciones é instancias, como si la mesa fuera la escuela mas llena de filósofos, y él hubiera de ganar opinion con tales disparates: ya me argüia que la noche era dia, y que el dia era noche: decia que me probaria que traia cuernos mi frente, y que las de los carneros no los tenian; y de estas pasaba á otras mayores necedades con

que me atormentaba , sin dexarme atender á tantas cosas de gusto como allí se habian fundado, porque me hallaba necesitado á responderle y advertirle : porque quando yo de industria me descuidaba , él me advertia tan enfadosamente que no me dexaba gozar de tanta fiesta ; y así me parecia todo quanto allí habia tormento y muerte : porque el estar á disgusto en un grande regocijo acabará la vida al que desea gozarle sin tan pesadas pensiones. Acabóse la cena ; fin bien deseado de mi enfado , hallándole yo tan grande en lo que deseaba por alivio. Ves aquí , Gallo amigo , el suceso de mi convite , y el fin de tan deseada cena. *Gall.* No la juzgo por muy dulce despues que te considero disgustado con la compañía de viejo tan impertinente : válgame el cielo, y que cansado te levantarías. *Myc.* Notablemente : mas escucha ahora el sueño , para que con su dulzura olvides la pena que te habrá dado cena tan enfadosa. Parecióme que veia delante de mí al mismo Eucrates , que apresuradamente se moria del dolor que le habia dado el enterrar á sus hijos poco antes , y que quando estaba agonizando me llamaba de prisa , y haciéndome heredero de sus muchas riquezas , el firmar el testamento y rendir el alma habia sucedido junto : pareciame que alegre entraba en la posesion de sus tesoros, y que traia á mi casa tanta plata y oro que no podia numerarse, porque de unas canastas en que se mudaba manaba cantidad innumerable : hallábame señor de sus preciosas alhajas, vestidos, mesas, vasos, esclavos y bagillas, y de quanto precioso y humilde él antes era dueño. Pareciame que aplaudido de todos era generalmente servido y estimado, y que puesto en un carro triunfal, rico y costoso , ponía admiracion y respeto á los

los que me veian ir en tanta felicidad , en tanto triunfo : tenia por cierto que me seguian innumerales gentes, y que por hacerme fiesta y darme gusto me festejaban con mil invenciones y festines los de á pie y de á caballo, siendo los que me servian y acompañaban crecido número ; y que yo grave y soberbio , adornado de preciosas vestiduras , pisando brocados y riquezas , teniendo puestos mas de diez y seis anillos , lo miraba todo sin mudar semblante , ni mostrarme alegre ó triste , mandando apercebir comidas suntuosas para que se regalasen mis amigos. Y como quando se sueña se representa á la imaginacion en un instante , ya veia las mesas llenas de viandas diferentes, servidas con bagillas ricas, y familia numerosa , ya á los convidados juntos , ya empezadas fiestas, danzas y saraos , y ya finalmente á todos comiendo alegres : brindábase amenudo, mudábanse platos , aumentábanse servicios , y ya la música agradable ó la conversacion gustosa alargaba la mesa , y divertia de penas y cuidados : y estando yo en esta gloria , brindando á unos , y entreteniéndome todos , quando las copas de oro corrian mas bocas , y entraban los postres á poner límite á tantas superfluidades y demasias, veniste tú , ó Gallo amigo , y con importunas voces turbaste el convite , hiciste callar los instrumentos , enmudeciste la música , derribaste las mesas , desterraste los criados , y de tal manera hiciste desaparecer tantas delicias y riquezas, que despertándome se me tornaron viento , se volvieron ayre. Mira ahora si es aquesta ocasion bastante para enojarme contigo , ó ladron de mi regalo , ó hurto de mi riqueza , y traidor de mis contentos ; pues es sin duda que me estuviera yo muchos dias y noches de buena gana soñando